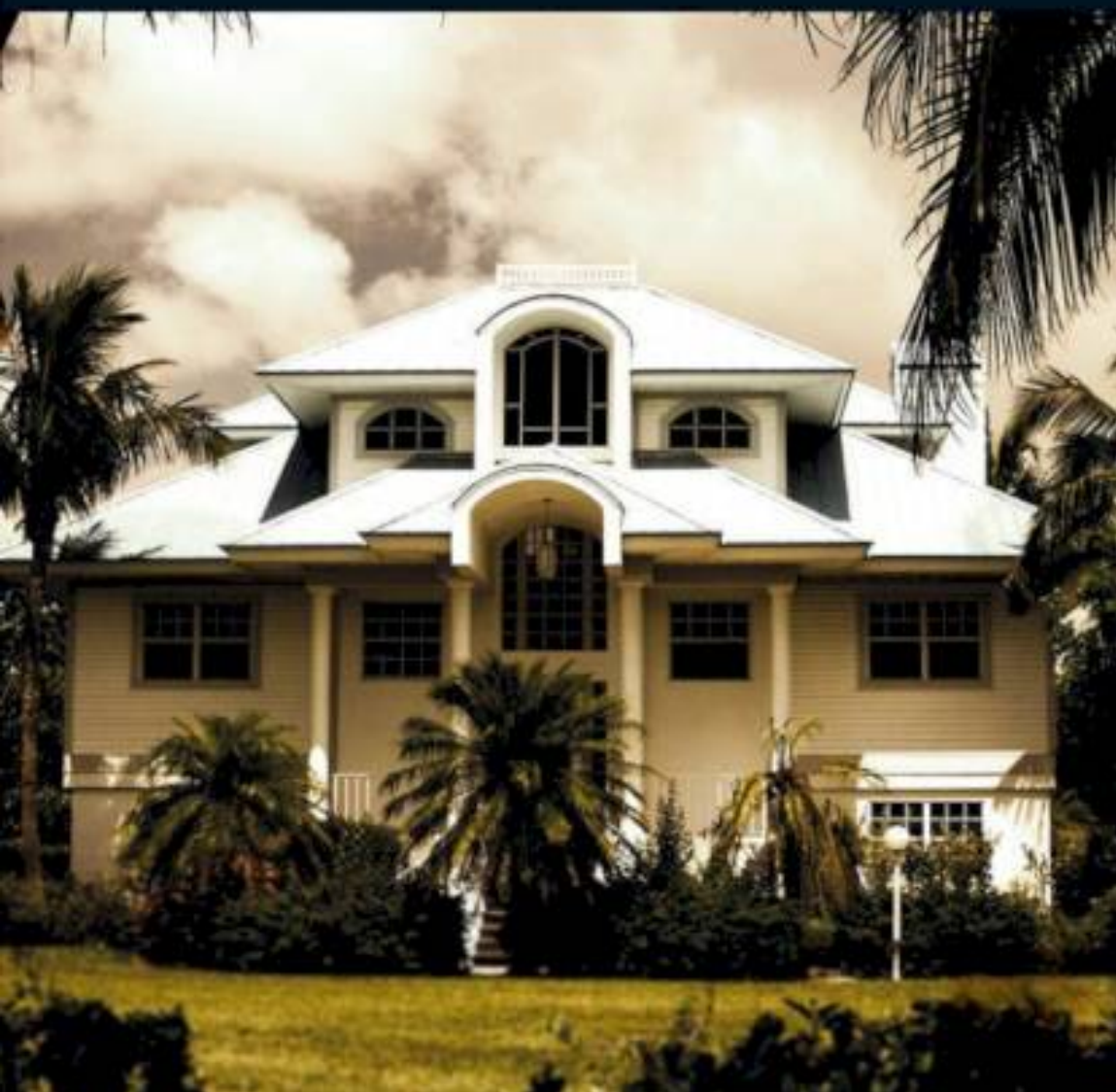


DENNIS LEHANE

Lo que es sagrado

UNA INVESTIGACIÓN DE KENZIE Y GENNARO



El multimillonario Trevor Stone, antes de morir, contrata los servicios de los experimentados detectives Patrick Kenzie y Angela Gennaro para que averigüen el paradero de su hija Desirée, que lleva tres semanas desaparecida, así como la desaparición del primer detective que el multimillonario contrató para localizarla, Jay Becker, mentor de Patrick.

Acostumbrados a sobrevivir en las sórdidas calles de Boston, los detectives viajan hasta los embriagadores atardeceres de Florida siguiendo una pista poco fiable, que les conducirá a una tierra corrupta y abonada de mentiras. Avanzar en la investigación es penetrar en un territorio donde nada es sagrado. No hay espacio para el error: confiar en la persona equivocada o dar un paso en falso significa la muerte.

Considerada una de las voces más potentes del suspense, Dennis Lehane nos presenta un thriller absorbente y vertiginoso, una historia dura e intensa donde nada ni nadie es lo que parece.

Para Sheila

«No deis a los perros lo que es sagrado;
no arrojéis vuestras perlas a los cerdos.
Si lo hacéis, puede que las destrocen con sus pezuñas,
y que luego os despedacen.»

MATEO 7:6

PRIMERA PARTE
EL ALIVIO DE LA PENA

1

Un pequeño consejo: si alguna vez seguís a alguien por mi barrio, no vayáis de rosa.

El primer día que Angie y yo detectamos al gordo bajito que nos estaba siguiendo, el hombre llevaba una camisa rosa debajo de un traje gris y un chaquetón negro. El traje era cruzado, italiano, demasiado bonito para mi barrio. ¿Como cuánto de bonito? Pues como varios cientos de dólares por encima del presupuesto de mis vecinos. El chaquetón era de cachemir. Supongo que la gente de mi barrio se puede permitir el cachemir, pero prefieren invertir ese dinero en cinta aislante para enganchar el tubo de escape a sus Chevys del 82, por lo que apenas si les queda lo suficiente para financiarse unas vacaciones en las Seychelles.

El segundo día, el gordo bajito sustituyó la camisa rosa por una blanca más discreta y se deshizo del cachemir y del traje italiano, pero seguía dando el cante, cual Michael Jackson en un centro de día, gracias al sombrero que lucía. Nadie de mi barrio —ni de ninguno de los vecindarios de Boston que yo conozca— lleva en la cabeza nada que no sea una gorra de béisbol o un gorrito de lana. Y nuestro amigo el Fardón, pues así lo habíamos bautizado, llevaba un bombín. Un bombín estupendo, eso sí, pero que no dejaba de ser un bombín.

—Igual es extranjero —comentó Angie.

Miré por la ventana de la cafetería de la Avenida. El Fardón torcía la cabeza hacia abajo y, de repente, se ponía a atarse los cordones de los zapatos.

—Extranjero, ¿eh? —dije—. ¿De dónde exactamente? ¿De Francia?

Angie me lanzó una mirada asesina y se puso a untar queso cremoso en un *bagel* con tanta cebolla que se me saltaban las lágrimas sólo con mirarlo.

—No, idiota. Del futuro. ¿Nunca has visto aquel episodio de *Star Trek* en el que Kirk y Spock aparecen en la Tierra en los años treinta y no saben cómo comportarse?

—No soporto *Star Trek*.

—Pero te suena el concepto.

Asentí y, acto seguido, bostecé. El Fardón estudiaba atentamente un poste telefónico como si nunca hubiera visto uno antes. Puede que Angie estuviera en lo cierto.

—¿Cómo es posible que no te guste *Star Trek*?

—Es fácil de explicar. Lo veo, me aburro y apago la tele.

—¿Y qué me dices de *La siguiente generación*?

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—Cuando naciste —atacó mi socia—, seguro que tu padre le dijo a tu madre: «Mira, cariño, acabas de dar a luz a un vejestorio».

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirí.

El tercer día optamos por divertirnos un poco. Cuando nos levantamos por la mañana y salimos de mi casa, Angie fue hacia el norte y yo hacia el sur.

Y el Fardón la siguió a ella.

Pero el Siniestro me siguió a mí.

Nunca había visto antes al Siniestro, y es muy posible que jamás hubiese reparado en él si el Fardón no me hubiese dado motivos para hacerlo.

Antes de salir de casa rebusqué en una caja llena de objetos veraniegos y encontré un par de gafas de sol que suelo llevar cuando el clima permite ir por ahí en bicicleta. Las gafas tenían un espejito enganchado a la izquierda de la montura que se podía extender o plegar y que te permitía

ver a tu espalda. No era algo tan molón como los chismes que Q le proporcionaba a Bond, pero me sería de utilidad y ni siquiera tendría que flirtear con la señorita Money Penny para conseguirlo.

Estoy convencido de que era el primer chaval de mi barrio con un ojo en el cogote.

Vi al Siniestro cuando me detuve de forma repentina ante la entrada de La Despensa de Patty para tomar mi café matutino. Me quedé mirando la puerta como si la carta del establecimiento estuviese colgada en ella, desplegué el espejito y giré la cabeza hasta que reparé en un tipo con pinta de enterrador que había al otro lado de la avenida, junto a la farmacia de Pat Jay. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho de gorrión y mantenía la mirada clavada en mi cogote. En las mejillas hundidas lucía unos surcos que parecían ríos, y a media frente le nacía un triángulo de pelo.

Una vez en el interior del bar de Patty, plegué el espejito y me pedí un café.

—¿Te has quedado ciego de repente, Patrick?

Levanté la vista y vi a Johnny Deegan echándome leche en el café.

—¿Cómo dices? —le pregunté.

—Las gafas de sol —aclaró—. En fin, estamos a mediados de marzo y no ha salido el sol desde el Día de Acción de Gracias, Patrick. ¿Te has quedado ciego o es que intentas ir a la última?

—Yo siempre intento ir a la última, Johnny.

Deslizó el café por la barra y me cobró.

—Pues te quedan fatal —sentenció.

Una vez en el exterior, me quedé mirando a través de los vidrios ahumados al Siniestro mientras éste hacía como que se quitaba una mota del pantalón y luego se ponía a atarse los cordones de los zapatos, añagaza ya perpetrada por el Fardón el día anterior.

Me quité las gafas de sol en atención a Johnny Deegan. Bond era un tío muy enrollado, de eso no hay duda, pero nunca había sido visto en La Despensa de Patty. Joder, a ver quién te sirve un Martini con vodka en este barrio. Ni agitado ni removido: pides eso por aquí y sales por la ventana.

Crucé la avenida mientras el Siniestro se concentraba en los cordones de los zapatos.

—Hola —lo saludé.

Se puso de pie y miró alrededor como si alguien lo hubiese llamado desde una cierta distancia.

—Hola —repetí mientras le ofrecía la mano.

La miró y volvió a observar la avenida.

—Caramba —dije—. Observo que, no contento con seguir a la gente de forma chapucera, no andas sobrado de buena educación.

La cabeza giró tan lentamente como la Tierra sobre su eje hasta que sus negros ojillos coincidieron con los míos. Tenía que mirar hacia abajo, pues era más alto que yo, y la sombra de su esquelética cabeza se cernía sobre mi rostro, extendiéndose por los hombros. Y que conste que yo no soy un tío bajito.

—¿Nos conocemos, señor? —Tenía una voz de ultratumba, como si el hombre no viera la hora de regresar al ataúd.

—Por supuesto que sí —le dije—. Tú eres el Siniestro. —Miré a uno y otro lado de la avenida—. Bueno, ¿dónde te has dejado al conde Drácula?

—Señor, usted no es tan divertido como se cree.

Levanté el vaso de café.

—Espera a que me haga efecto la cafeína, Siniestro. Dentro de quince minutos te vas a tronchar conmigo.

Me dedicó una sonrisita de superioridad y los surcos de las mejillas se le convirtieron en desfiladeros:

—Debería ser menos previsible, señor Kenzie.

—No me digas, Siniestro.

Una grúa me arrojó un bloque de cemento a la rabadilla mientras algo con dientes muy afilados me pegaba un mordisco en el cogote. Perdí de vista al Siniestro mientras la acera se levantaba y se dirigía a toda velocidad hacia mi oreja.

—Me encantan sus gafas de sol, señor Kenzie —me dijo el Fardón mientras veía pasar de manera borrosa su cara de goma—. Le quedan la mar de bien.

—Son de alta tecnología —añadió el Siniestro.

Alguien se echó a reír, otro puso un coche en marcha y yo me sentí de lo más estúpido.

Q se habría sentido muy avergonzado.

—Me duele la cabeza —dijo Angie.

Estaba sentada a mi lado, en un sofá de cuero negro, y también tenía las manos atadas a la espalda.

—¿Y usted qué tal, señor Kenzie? —inquirió una voz—. ¿Cómo tiene la cabeza?

—Agitada, no removida —repuse.

Me giré en dirección a la voz, pero mis ojos sólo encontraron una potente luz amarilla envuelta en un halo marrón. Parpadeé y sentí que la habitación se movía un poco.

—Lamento lo de los narcóticos —dijo la voz—. Si hubiera habido otra manera de hacer las cosas...

—No lo lamente, señor —dijo otra voz, que reconocí como la del Siniestro—. No había otra manera.

—Por favor, Julian, dales unas aspirinas a la señorita Gennaro y al señor Kenzie —la voz suspiró tras la dura luz amarillenta—. Y desátalos, haz el favor.

—¿Y si se mueven? —sonó la voz del Fardón.

—Asegúrese de que no lo hagan, señor Clifton.

—Muy bien, señor, lo haré encantado.

—Me llamo Trevor Stone —dijo el hombre de detrás de la luz—. ¿Les dice algo mi nombre?

Me froté las marcas rojas de las muñecas.

Angie se frotó las suyas y respiró un poco del oxígeno de lo que supuse que sería el estudio de Trevor Stone.

—Les he hecho una pregunta.

Miré hacia la luz amarilla:

—Sí, así es. Me parece muy bien. —Me volví hacia Angie—. ¿Qué tal estás?

—Me duelen las muñecas. Y la cabeza también.

—¿Y aparte de eso?

—Estoy de un humor de perros.

Volví a mirar a la luz:

—Estamos de un humor de perros.

—No me extraña.

—Váyase a tomar por culo —le dije.

—Qué ingenioso —dijo Trevor Stone desde detrás de la luz mientras el Fardón y el Siniestro se echaban unas risitas.

—Qué ingenioso —repitió el Fardón.

—Señor Kenzie, señorita Gennaro —dijo Trevor Stone—. Les prometo que no quiero hacerles daño. Supongo que se lo acabaré haciendo, pero sin querer. Necesito su ayuda.

—Ah, vaya —dije incorporándome sobre mis inseguras piernas. Angie siguió mi ejemplo.

—¿Alguno de esos dos merluzos podría llevarnos a casa? —preguntó Angie.

La agarré de la mano porque las piernas se me doblaban y la habitación se inclinaba excesivamente hacia la derecha. El Siniestro me clavó el índice en el pecho con una suavidad tal que casi no lo sentí, y Angie y yo nos desplomamos sobre el sofá.

Cinco minutos más y lo volvemos a intentar, les dije a mis piernas.

—Señor Kenzie —prosiguió Trevor Stone—, si le da por ahí, puede usted tirarse media hora más levantándose del sofá, que nosotros seguiremos derribándole de un plumazo. Así pues, relájese.

—Secuestro —dijo Angie—. Retención forzosa. ¿Sabe de qué estoy hablando, señor Stone?

—Sí, lo sé.

—Muy bien. ¿Es consciente de que, en ambos casos, se trata de delitos federales que conllevan unas penas bastante serias?

—Mmmm —susurró Trevor Stone—. Señorita Gennaro, señor Kenzie, ¿hasta qué punto son conscientes de su propia mortalidad?

—Ahí ha habido sus más y sus menos —reconoció Angie.

—Me consta.

Angie alzó las cejas en mi dirección y yo hice lo propio en la suya.

—Pero esos más y esos menos son lo que usted dice: meros sustos que vienen y van. Ahora los dos están vivos, son jóvenes, albergan unas expectativas razonables de seguir en la tierra treinta o cuarenta años más. Pero el mundo —con sus leyes, sus hábitos y costumbres, sus sentencias obligatorias para delitos federales— les vigila. Por el contrario, yo ya no tengo ese problema.

—Es un fantasma —le susurré a Angie, quien me dio un codazo en las costillas.

—Tiene razón, señor Kenzie —dijo él—. Mucha razón.

La mitad superior de su cabeza parecía tallada en roble claro: las pobladas cejas arrojaban sombra sobre unos duros ojos verdes, una nariz aguileña, unos pómulos pronunciados y una piel del color de las perlas.

La mitad inferior, por el contrario, se había hundido en sí misma. La mandíbula se había desplomado a ambos lados y los huesos parecían habersele fundido en el interior de la boca. El mentón, reducido a la mínima expresión, apuntaba

directamente al suelo, envuelto en una gomosa capa de piel, y la boca había perdido cualquier asomo de forma: sus cerúleos labios flotaban en esa descontrolada estructura como una ameba.

Tanto podía tener cuarenta años como setenta.

Vendas del color de la piel le cubrían la garganta a retales húmedos como verdugones. De pie tras el macizo escritorio, se apoyaba en un bastón de caoba con un puño dorado en forma de cabeza de dragón. Los pantalones a cuadros grises flotaban en torno a sus delgadas piernas, pero la camisa de algodón azul y la chaqueta de lino negro se ceñían a un pecho fuerte y a los hombros como si los hubiera llevado toda la vida. La mano que empuñaba el bastón parecía muy capaz de desintegrar pelotas de golf con un mero apretón.

Se irguió un poco más y, aguantándose en el bastón, se nos quedó mirando.

—Contémpenme bien —dijo Trevor Stone—, y luego les explicaré algo sobre lo que es la pérdida.

2

—El año pasado —dijo Trevor Stone—, mi mujer regresaba a casa en coche de una fiesta en el club Somerset de Beacon Hill. ¿Les suena el lugar?

—Nos pasamos la vida ahí —ironizó Angie.

—Ya. Bueno, el caso es que el coche se averió. Yo estaba saliendo de mi despacho en el centro cuando ella me llamó, y fui a recogerla. Es curioso.

—¿Qué es curioso? —pregunté.

Parpadeó:

—Sólo pensaba en lo poco que habíamos hecho eso precisamente. Ir juntos en coche. Una consecuencia de mi entrega al trabajo. Algo tan sencillo como pasar juntos veinte minutos en un coche era algo que apenas hacíamos media docena de veces al año.

—¿Qué ocurrió? —se interesó Angie.

Stone se aclaró la garganta:

—Al salir del puente Tobin, otro coche intentó sacarnos del camino. Atracos de carretera, creo que los llaman. Yo acababa de comprar el vehículo —un Jaguar XKE— y no estaba dispuesto a dárselo a una pandilla de matones convencidos de que desear algo equivale a tenerlo. Así que...

Miró por la ventana durante unos breves instantes, intuía que perdido en el recuerdo del metal crujiendo y el motor chirriando, del aroma del aire de esa noche.

—El coche volcó hacia el lado del conductor. Inés, mi mujer, no podía dejar de gritar. Entonces no me di cuenta, pero resulta que se le había roto el espinazo. Los salteadores estaban enfadados porque había destruido el coche

que ya consideraban suyo. Mientras yo intentaba mantenerme consciente, mataron a Inés a tiros. Le disparaban al coche sin parar y yo encajé tres balazos. Curiosamente, ninguno de ellos afectó a zonas mortales, pero una bala se me alojó en la mandíbula. Luego, los tres tipos intentaron prenderle fuego al vehículo, pero nunca se les ocurrió agujerear el depósito de gasolina. Al cabo de un rato, se aburrieron y se marcharon. Y yo me quedé allí tirado, con tres balas en el cuerpo, varios huesos rotos y el cadáver de mi esposa al lado.

Habíamos dejado atrás el estudio, donde se habían quedado el Siniestro y el Fardón, y trastabillado hasta la sala de esparcimiento —o de juegos, o como quiera que se diga— de Trevor Stone, una habitación del tamaño de un hangar para aviones en la que había una mesa de billar y otra de *snooker*, una diana para dardos clavada en la pared de madera de cerezo, una mesa de póquer y una pequeña zona verde en una esquina para ensayar lanzamientos de golf. Una barra de caoba recorría la parte este de la sala, y sobre ella colgaban vasos suficientes como para abastecer las juergas de los Kennedy durante un mes.

Trevor Stone se sirvió dos dedos de whisky de malta. Luego inclinó la botella en mi dirección y en la de Angie, y ambos declinamos la oferta.

—Los hombres —unos muchachos, en realidad— que cometieron el crimen fueron detenidos y condenados con bastante rapidez. Hace poco empezaron a cumplir cadena perpetua en Norfolk, y supongo que hasta ahí puede llegar la justicia. Mi hija y yo enterramos a Inés y eso sería todo, a excepción de la pena que sentimos.

—Pero... —apuntó Angie.

—Al sacarme la bala de la mandíbula, los médicos dieron con los primeros síntomas de un cáncer. Y a base de hurgar lo acabaron localizando en mis nódulos linfáticos. Creen que también se ha extendido a los intestinos. Y poco